

**Abel González Melo, «Mapa de la desolación y la belleza», pròleg al teatre reunit de Sergio Blanco *Ficciones (2000-2011)* de Sergio Blanco, Arola Editors / TNC, 2018.**

Al reconocimiento unánime que la dramaturgia de Sergio Blanco viene acumulando en años recientes alrededor del mundo, se suma *Ficciones (2000-2011)*, justo en la temporada en que el Teatre Nacional de Catalunya dedica un ciclo a su obra. Supone un honor y una responsabilidad dobles presentar este libro. Primero, porque la producción de este autor y director franco-uruguayo se ha ido imponiendo a escala internacional con tanta calidad como justicia, al punto de que es ya un nombre imprescindible de la escena actual: la revolución que en materia dramática ha significado su poética de la autoficción marca un antes y un después en el concepto de la teatralidad contemporánea. Segundo, porque desde hace bastante tiempo me une a Sergio una hermandad entrañable, basada en el cariño, el respeto y la admiración a su obra y al ser humano que él es.

Las páginas que siguen son el testimonio de mi encuentro con los ocho textos que este volumen, por vez primera, reúne: *Slaughter*, *.45'*, *KHEB*, *Opus Sextum*, *diptiko (vol. 1 y 2)*, *Kassandra*, *Barbarie* y *El salto de Darwin*. La selección es acertadísima: fueron escritos en un arco de doce años, aparecen ordenados cronológicamente, van desnudando las claves de la evolución del dramaturgo y proponen, de conjunto, un viaje deslumbrante a través de su *ars poetica*. Curiosamente resultan también ocho obras de su autoría que Sergio no ha dirigido, las que anteceden a la etapa en que ha estrenado sus aclamadas autoficciones: *Tebas Land*, *Ostia*, *La ira de Narciso*, *El bramido de Düsseldorf* y *Cartografía de una desaparición*. Aunque escrita durante el primer período, *Kassandra* pertenece también al segundo, toda vez que inaugura sus resortes conceptuales.

Antes de penetrar en este universo, permítaseme adelantar tres nociones indispensables.

Resulta fascinante la inquietud que despierta el teatro de Sergio: esa forma magistral en que las zonas del discurso van resonando unas en otras y generan una arquitectura de ecos superpuestos entre la realidad y sus simbolizaciones. No es fácil lograr algo así: se requiere mucho dominio técnico y una enorme concentración en el proceso creativo para

ir diseñando a medida la caja de resonancia, para que los puentes entre individuo y poder queden orquestados en ficciones particulares. Evitando la generalidad y el subrayado. Huyendo de la obviedad. Tal recurso eleva las historias del dramaturgo desde el plano base del argumento hacia una dimensión política que admite, en su polifonía, sucesivas semantizaciones. En un nivel superior, esa misma clave aglutina toda su producción dramática y la convierte en un complejo mapa de arterias que se cruzan y contaminan sin cesar.

Es perceptible, asimismo, una delicada e incansable experimentación con el lenguaje. Sergio es un conocedor profundo del español y el francés —entre los que ha vivido—, y en general un amante de las lenguas y de la comunicación a través del verbo. Sus títulos y sus parlamentos dejan clara la devoción por una Babel perdida que este teatro vuelve a poner en órbita. Busca el conflicto en la recombinación de alfabetos y caracteres: a menudo la sintaxis marca el límite entre lo humano y lo bestial. Crea auténtica poesía visual para el lector, entrelazando grafemas y geometrías sobre el lienzo de papel. Deconstruye los sintagmas y los rearma por contraste plástico o sonoro. Tal ejercicio de ruptura permanente, más o menos disimulado en el plano formal de la escritura, proyecta el valor de la palabra como reservorio de un mundo fracturado, herido, apocalíptico, pero sublime en su esencia.

Por último, se hace evidente una erudita vocación de monumentalidad, apoyada en un sólido sistema referencial que parece observar la Historia a través de un caleidoscopio o de un panóptico. Conviven aquí el imaginario judeocristiano y el grecolatino, lo profano y lo sagrado, la filosofía y la religión, las ciencias naturales, exactas y jurídicas, la literatura y las artes... Sergio hace de la humanidad su quirófano y disecciona ese *continuum* con el bisturí de lo contemporáneo: se ata a sí mismo sobre la camilla, hiende su propia carne. Ahí radica la mayor virtud de este corpus: su viaje de lo íntimo a lo universal. De las tinieblas a la luz. Del yo al tú. El dramaturgo se sirve del teatro como herramienta para hablar al oído y perturbar el alma del que está enfrente. Los grandes temas que estas obras iluminan, sus brillantes estructuras, el soberbio trazado de sus

personajes, la singularidad de sus dispositivos escénicos, todo ello es pretexto para reescribir la desolación y la belleza del otro. [...]

Hace cuatro años Sergio Blanco regresaba a La Habana para impartir su seminario «Construcción y deconstrucción del monólogo» en Argos Teatro y presentar el libro cubano de *Tebas Land*, que tuve el privilegio de editar para Alarcos. Unas semanas antes de su llegada, fui a casa de Giselle Sobrino y le dije: «Quiero que recibamos a Sergio con el estreno de una obra suya. Nos lo merecemos. Quiero dirigir *Kassandra* y que tú la protagonices». «No sé nada de inglés», me contestó ella, «pero me encanta la obra y voy a hacerla como sea».

El reto era mayúsculo: teníamos menos de un mes para edificar la versión cubana del texto que Sergio, iluminado, había escrito durante unos pocos días en Atenas, ese con que obtuvo allí el premio al mejor autor, ese que inauguró sus autoficciones hace ya una década y que es hasta hoy, junto a *Tebas Land*, el más representado de toda su dramaturgia. El *broken English* en que aparece escrita la obra funcionó como el mejor asidero durante el proceso: para encarnar el personaje, Giselle atravesaba la misma tensión lingüística a la que el público del espectáculo se enfrentaría. Gracias a ello pudimos componer el dilema real del teatro, tejiendo vínculos entre el relato de la heroína —la metáfora de su cuerpo transformado— y la agonía de su interpretación en presente, basada en la necesidad de ser comprendida e integrada, de trazar su arco hacia el público. El velo impuesto por su lenguaje roto —al que hasta el conocedor más elemental del inglés puede acceder— y su mezcla de inocencia y desparpajo, provocaron un curioso efecto de extrañamiento y empatía entre nuestra protagonista y los asistentes al estreno en el piano-bar Delirio Habanero, situado en el piso más alto del Teatro Nacional de Cuba. Era el dispositivo escénico perfecto. Allí, junto a los inmensos ventanales de cristal que dan a la Plaza de la Revolución, de espaldas a la estatua de José Martí y a las gigantescas siluetas iluminadas del Che Guevara y Camilo Cienfuegos, *Kassandra* profería su grito de libertad, convertía Troya en nuestra isla y enterraba los mitos y los héroes.

Fue una preciosa noche de estreno. Acompañaban en la mesa a Sergio cuatro grandes amigos: el teórico José Luis García Barrientos, eminente estudioso de su obra, el director

Carlos Celdrán, el diseñador Manolo Garriga y el teatrólogo Omar Valiño. Me alegró verlo tan arropado y querido por más de trescientas personas que durante un buen rato lo aplaudimos de pie. La presencia de Sergio en Cuba se completaba con el aterrizaje escénico de su poesía en nuestro contexto. «Ahí se halla el éxito de un autor de primer orden», dijo José Luis, con su habitual contundencia, «en concebir una textura siempre imantada, posible, dispuesta a encajar en cada sociedad y a remover sus entrañas».